

A.5.2/327

1-284

1

Ahorro y sordidez

("El Economista Hispano-Americano," Madrid, 10 mayo 1901).

AHORRO Y SORDIDEZ

Where economic gains are small, savings mean a relatively low plane of social existence.

E. R. L. GOULD.



O sea: «donde las ganancias económicas son pequeñas, el ahorro significa un nivel relativamente bajo de existencia» (en el número de Enero de 1893 de la *Contemporary Review*) aforismo que no tiene, en verdad, mucho de particular ni aun de nuevo, pero que conviene estar repitiendo á menudo, por lo á menudo que se olvida.

Hay que tomar, en efecto, con cierta parsimonia, esos interesados himnos al ahorro, y digo interesados, porque el burgués comprende por instinto que ni ha de emancipar el ahorro al obrero, ni es al obrero ahorrador á quien más debe temer.

Seguía diciendo E. R. L. Gould, el autor del aforismo que he puesto de lema á estas líneas: «Un pueblo parsimonioso jamás es progresivo, ni, por lo regular, eficaz industrialmente. El hombre con necesidades diversas, no con lujos caprichosos, sino con necesidades legítimas, es quien trabaja recio para satisfacer sus aspiraciones, y es al que vale la pena de emplear.» Y J. A. Hobson (*The Evolution of modern capitalism*) nos cuenta que le decía uno de los más inteligentes fabricantes, que consentiría de buena gana en pagar más altos jornales á sus obreros, con tal de que gastáran el exceso legítimamente sin irlo amontonando. ¡Extraño fabricante! ó muy cegato ó muy zahorí.

Lo cual me recuerda á un amigo y paisano mío que vino á minas á un rincón de sierra de esta provincia de Salamanca y se encontró con que los hombres que alquiló para los trabajos de exploración, apenas rendían labor. Y en vez de aumentarles el jornal, elevándolo considerablemente sobre



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S:USAL.ES

el exiguo y pobrísimo que es allí de norma, se le ocurrió mantenerlos á su cuenta con alimento más sustancioso que el que usaban. La experiencia le había enseñado en regiones análogas, que si les subía el jornal sobre lo corriente, no por eso se daban mejor trato, lo que les permitiría trabajar más y mejor, sino que ahorrarían sórdidamente el exceso. Sórdidamente, tal es la palabra. Es la historia de los pobres segadores.

La sordidez es una de las cosas que á peor andar nos traen en España, sordidez que lleva aparejada, por paradójico que esto parezca, el derroche. No es, en efecto, raro, y menos aún en nuestro país, que sea un mismo individuo alternativamente sórdido y derrochador, tacaño para ser manirroto. Hay algo del salvaje que cuando tiene caza fresca se tupe de ella para ayunar más luego. El supremo ideal de gran parte de nuestro pueblo, es no trabajar, y para no tener que trabajar, trabaja, no para poder acrecentar sus necesidades y con ellas los medios de satisfacerlas.

En aquella atormentada é inquieta primera edad media, no era el anhelo de la suprema bienaventuranza, el ansia de la visión beatífica, la sed del cielo, lo que principalmente movía á las almas en el camino de la mortificación, sino más bien el terror al infierno. Y así lo que da un tono más triste á nuestra época, por lo demás tan alegre, es que el horror á la pobreza más que el amor á la riqueza, es lo que á los hombres mueve. Equivócanse los predicadores que hablan de la sed de placeres, de la caza del goce; privanse no ya del placer, sino hasta del más modesto bienestar, nuestros hombres si ven en perspectiva el tener que trabajar para vivir. Trabájase para poder vivir sin trabajar más adelante; el descanso en la seguridad del mañana, es el cardinal anhelo.

Y esto en la masa obrera produce desastrosos efectos, los produce en el pobre labriego que no sueña más que en ahorrar más pesetas para comprar un cachuco de tierra que le esclavice, y á qué llamar suya.



«Mas hay que confesar,—dice Hobson,— que por deseable que pueda parecer el *ahorro* en cuanto virtud moral de las clases obreras, una práctica de ahorro emprendida antes de una elevación en el consumo corriente, y de preferencia á éste, cancelará necesariamente las ventajas que en ahorro haya.» En sí mismos conviene que ahorren.

Hay un aspecto de la cuestión que es el primero

que salta á la vista y en el que todo el mundo ha reparado alguna vez, y es el del mal negocio que resulta el que ahorre uno unos miserables miles de pesetas á costa de su salud ó aun de su dicha. Es la cuenta de los que viven pobres para morir ricos, así como de los que trabajan tan sólo para que llegue día en que puedan vivir sin trabajar.

Pero hay otro aspecto menos notado, y es el del pernicioso efecto social que tal espíritu de ahorro acarrea. Tenía razón Gould al decir que un pueblo parsimonioso jamás es progresivo; el espíritu de mezquina ahorratividad, la aspiración á vivir de rentas, está poniendo en peligro el progreso de Francia. Lo que hay que acrecentar en un pueblo es lo que los ingleses llaman su *power to consume*, su fuerza de consumo, creando para ello necesidades.

Nada ha de contribuir más á nuestro progreso económico que la insaciabilidad de la clase obrera, si al fin se despierta. Es menester que crezcan sus apetitos, que para satisfacerlos exija mayores salarios, aún provocando huelgas si es preciso, que bajo tal acicate se ingenien nuestros industriales y adquieran maquinaria de que hoy no usan—por aquello de á brazo barato, máquina cara, y vice-versa—que la elevación de salarios aumentando el consumo de los obreros aumente la producción de artículos para ese consumo, y que así nos elevemos á más alto nivel de vida.



Porque entre dos países, vive una vida económica más sana y más fecunda, aquél en que hay empleada relativamente más masa obrera en la producción de artículos de consumo de la masa obrera misma, que no en la producción de artículos de lujo. Los pueblos más miserables suelen ser los que producen artículos de más vano lujo; preciosidades vienen del Oriente.

«Hemos visto—dice el ya citado Hobson—que la posesión de una proporción excesiva de *poder de consumo* por clases que á causa de estar completamente satisfechas sus sanas necesidades normales, rehusan ejercer ese poder é insisten en almacenarlo en inútiles formas de capital, es la responsable directa del flojo empleo de capital y trabajo. Si la operación de las fuerzas industriales pusiera una proporción mayor del *poder de consumo* en manos de las clases obreras, que lo usaran, no para posponer el consumo, sino para elevar su nivel (*standard*) de bienestar material é intelectual, seguiría-se un empleo más completo y más regular de capital y trabajo.»

Aquí convendría decir algo de la diferencia y y aun oposición que media entre ahorrar trabajo y ahorrar capital, y como si al capitalista le interesa este ahorro es el ahorro aquél el que al obrero interesa, pero esto nos llevaría muy lejos. En otro artículo hablaremos de ello y de como el ahorro de capital por parte de los obreros, lejos de favorecerlos siempre, como de ordinario se cree, sirve no pocas veces para remachar la cadena que al salario les une. Arañando de su jornal de seis pesetas, verbigracia, logró al cabo de años ahorrar diez mil



AHORRO Y SORDIDEZ.



pesetas, que le rinden, supongamos que 500 pesetas, lo que hace 1'37 al día, y así tiene su diario de 7'37 entre jornal e interés de sus ahorros. ¿Pero sabe si habiendo renunciado a ese engañoso ahorro y como él sus compañeros no tendría un salario de 8 pesetas y sus hijos lo mismo? He aquí un punto que merece tratarse y que he de tratar.

Libreme Dios de combatir las Cajas de Ahorros, pero libreme más aún de ver en ellas la panacea de los males de la clase obrera ni aún un medio de aliviarlos eficazmente. Me parece que en el fondo lo que cumplen es convertir en crónicas enfermedades agudas, prolongándolas sin curarlas. La simple Caja de Ahorros me parece que tiene para el obrero tantos inconvenientes como ventajas, acaso más de aquéllos que de éstas. Cuando la burguesía la exalta obedece a un certero instinto; sabe que la libreta embota las aspiraciones del obrero poniéndole ante los ojos un engañador señuelo. El obrero que gasta, gastando con tiento y sentido, que eleva su tenor de vida, que trabaja para gozar de la vida, que acrecienta sus necesidades, le es mucho más temible que el sórdido obrero que tira a pequeño burgués. Y por parte del obrero no trabaja por su clase quien de ella quiera salir, sino quien quiera elevar su tenor de vida.

No hay más que una forma de ahorro de veras conveniente al obrero, y es el seguro mútuo sobre la vida; el seguro mútuo es aún más eficaz para la clase obrera que las cooperativas todas de consumo o de producción. Pero esto exige nuevo desarrollo. Dejémoslo por hoy.

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

15 2/224